

que se agitaba aún por las contracciones nerviosas del cuerpo de éste. Algunos huyeron aterrados y llenos de horror, y Roberto, metiéndose por en medio de aquella baraúnda y acercándose á un carruaje, se fué por el camino que éste abrió, siguiéndole al azar. No se borraba de su imaginación el recuerdo de aquella cabeza arrojada por el verdugo, y cuya sangre, que empezaba á coagularse, formaba una especie de fleco. Una lluvia espesa empezó á caer, sin que él se diese cuenta de ello; andaba con tal rapidez, que cualquiera, al verle, hubiera creído que era un cómplice del asesino que huía. Iba instintivamente alejándose de aquel lúgubre lugar, del lado por donde había ido á él. Estaba descompuesto, lívido, ojeroso y sin aliento. Le parecía que su cabeza iba á estallar, y sentía intensos calofríos; atravesaba por uno de esos períodos en que no se da uno cuenta de lo que le pasa. La casualidad le llevó hasta su domicilio. Subió la escalera en dos saltos, llegando sin aliento, extenuado y descompuesto, á su cuarto; arrojó lejos de sí el sombrero, dejándose caer como desplomado en su cama. Trató de reflexionar sobre todo lo que le había pasado, y le pareció que la habitación daba vueltas á su alrededor. Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se quedó dormido.

VI.

René tuvo también su calentura, que le duró toda la tarde y la noche de la víspera. Se había apoderado de ella una sorda cólera, que, por lo mismo que era sorda, era muy violenta. ¡Vencida! Era preciso ponerse en guardia y rehacer lo deshecho por Thévenin.

Retrocedió ante su marido, y Roberto la había visto palidecer de terror. Cuando repasaba en su memoria aquella terrible escena en que todo su pasado se le presentó como un espectro encarnado en Thévenin, sufría violentos accesos de rabia. Su orgullo crecía y se multiplicaba más y más por el odio que guardaba en su corazón á su marido.

Si la pérdida del cariño de Roberto reconociera otra causa, se hubiera resignado; pero ceder á Thévenin, vérselo arrebatado por aquel cuyo yugo había sacudido y que, en el momento en que menos pensaba en él, se interponía entre ambos, ejerciendo una superioridad tal sobre ella, que llegaba hasta el extremo de hacerla temblar y huir, esto la abrumaba, irritándola y poniéndola fuera de sí.

Se encontraba verdaderamente enferma.

El recuerdo de todo lo que había sufrido con Thévenin, agolpándose á su cerebro, la martirizaba; tenía además fuertes palpitaciones de corazón, que no la dejaban respirar. Recordaba aquellas sombrías y largas noches en que Thévenin, entregado á sus estudios y sin ocuparse de ella para nada, permanecía con la cabeza baja, mientras que ella se aburría viendo consumirse lentamente el fuego de la chimenea. ¡Qué tiempo más precioso deslizado y perdido, abrumada por amargos pensamientos y por los ardientes ensueños de la juventud, sin un momento de dicha ni de esperanza, mientras que aquel sabio, que permanecía con la vista fija en sus libros, ignoraba que la sangre latía en sus venas con la violencia propia de la juventud! Se le representaba aquel tétrico y frío despacho, en que tantas tristezas la habían agobiado por la falta de inteligencia entre ambos cónyuges; no se borraba de su imaginación aquella mesa llena de papeles, ni el gran tintero á que Thévenin parecía estar asociado. ¡Qué prisión! ¡Cuánto había sufrido sin comprender los esfuerzos que su marido hacía con sus trabajos, é interrumpiéndole para hablarle del próximo baile (ó de la *toilette* que había de llevar) á que pensaba asistir, fuera ó no del agrado de él! Cuando asaltaban su mente estos recuerdos, le odiaba más y más, olvidando que

había sido ella la que había faltado á la fe jurada al abandonar el hogar doméstico haciendo traición á su marido. Ahora no veía en su imaginación más que á Thévenin, pálido y amenazador, alzarse entre ella y Roberto, sintiendo su debilidad por haber huido y encontrándose rebajada á sus mismos ojos por acción tan indigna.

Cerró la puerta á todo el mundo. Quería estar sola. Buscaba la ocasión de recuperar lo perdido y humillar á Thévenin, reconquistando á Roberto, que se le escapaba de las manos. Adivinó desde luego el motivo que había unido á aquellos dos hombres. Sabía bien que el estudio y la fraternidad de ideas era la causa de su amistosa unión. Pero no podía comprender que Roberto ignorara el lazo que la unía con Thévenin.—«Lo sabía (decía para sí), y, á pesar de eso, me visitaba. ¡Eso prueba que el amor que me tenía era grande!»

Luego se desesperaba al calcular que Thévenin le habría contado ahora todo, sin reticencias, y que en aquellos momentos no ignoraría ya el escándalo de su huida y el secreto de su separación.

—¡Es joven (se decía), y me despreciará! ¡Y es á ese hombre á quien deberé este nuevo ultraje!

«Ese hombre» era Thévenin el mártir.

Ella no amaba á Roberto con pasión; pero aborrecía tanto á Thévenin, que combatir su influencia era toda su alegría. Por eso le disputaba aquella presa, que se llamaba Roberto, cifrando en esto todas sus aspiraciones y dicha. Pero, ¿cómo hacerlo, si Roberto será por completo de Thévenin, y más que nunca ahora que lo sabrá todo? Acaso sea hasta peligroso intentar el combate. Inclínaba la cabeza sobre el pecho, y se quedaba pensativa. Por último, se miró al espejo, notando que, aunque estaba un tanto pálida, no dejaba de estar hermosa. Sus cabellos ondeaban con sorprendente gracia. Una alegría, casi invisible, se reflejó en sus azules ojos, y, mordiéndose las uñas como aquel que ha tomado una determinación decisiva:

—¡Si yo me determinara!—se decía.

Se miró de nuevo al espejo para cerciorarse de todas sus seducciones, y se separó de pronto de la chimenea.

—¡Sí; iré, iré mañana!—se dijo.

Al día siguiente, al levantarse, llamó á su doncella, dándole orden que la vistiera con su mejor traje, sin decir una palabra de su proyecto. Estaba impaciente y nerviosa. «¡Pero estoy horriblemente fea! (exclamó cuando estuvo vestida.) ¡Estoy muy pálida! ¡Veamos; pintémonos! ¡Aquí, un poco sobre la meji-

lla!.... ¡Es demasiado!.... ¡Está bien!....« Luego se volvió á mirar al espejo, quedando esta vez más satisfecha de sí misma. Preguntó si habían mandado á buscar un coche.

—¡No, señora!....

—Entonces, ¿en qué pensáis? ¡Enviad á buscarlo inmediatamente!

Y se sentó en un sillón, frotando los pies sobre la alfombra con impaciencia, y acabándose de poner los guantes con un ligero movimiento de cólera.

Cuando la doncella le anunció que el coche esperaba, René sonrió maliciosamente. —«¡Es extraño esto (se dijo); cualquiera diría que iba á mi primera cita!....»

¡En efecto, esto puede ser una cita ó un duelo! Subió al coche, y, dando al cochero las señas de la casa de Roberto Burat, el coche se puso en marcha.

Su corazón latía. No se camina sin emoción hacia lo desconocido. Luego, que ella iba á jugar un albur; era la última lucha con su marido. Quería arrancarle al amigo, disputarle aquel cariño; le parecía estar viendo ya á Roberto irritado contra Thévenin, y entregándose por completo á ella como su esclavo.—«He enrojado delante de él, decía avergonzada. Pues bien: Thévenin no gozará de este triunfo segunda vez.» Estaba segura de vencer, y ya

no dudó en subir las estrechas escaleras que conducían á la habitación de Roberto, y que ella conocía ya.

Llegó á la puerta del cuarto, y parándose, escuchó. «No se siente, no se nota nada! ¡Quizá no haya nadie dentro! ¡Sin embargo, la llave está en la cerradura! Alargó la mano para abrir; pero retrocedió, temiendo encontrar tras de aquella puerta la severa fisonomía de su marido.—«¡Y si estuviera él ahí!...» Este pensamiento la disgustaba, pero el disgusto fué momentáneo.—«Pues bien: ¡si está ahí, tanto mejor! (dijo.) ¡Lucharemos!» Levantó el picaporte y abrió la puerta bruscamente, retrocediendo de pronto.

En la cama, que no se había deshecho la noche antes, estaba acostado Roberto con la boca y los ojos entreabiertos, presentando un aspecto aterrador; tenía el brazo izquierdo bajo la cabeza sosteniéndola, y pareciendo presentarla á la luz que entraba por la ventana. Una siniestra palidez, algo como si estuviera gravemente enfermo, se marcaba en su contraída fisonomía. Su brazo derecho pendía fuera de la cama, inanimado como el brazo de un muerto. Su cuerpo estaba arrojado allí como al azar y sin movimiento, asemejándose á un hombre ebrio ó á un cadáver. Sus zapatos habían impreso sobre la colcha manchas de lodo; sus

piernas, estiradas, muy estiradas, parecían no tener movimiento. René, excitada, contemplando aquella fisonomía exangüe y aquella terrible postura, pensó:—«¡Está muerto!»

Quiso huir, pero permaneció como enclavada en el mismo sitio, al notar un movimiento de éste, á quien siguió contemplando. Un doloroso temblor agitaba el cuerpo de Roberto, que se volvió lentamente, como si sufriera mucho, sobre su brazo derecho, que dobló poco á poco. Luego, sea que por intuición comprendiera que no estaba solo, sea que el ruido le despertara, abrió los ojos y miró vagamente, notando entonces la presencia de René, á cuya vista se incorporó algo sobresaltado.

René se aproximó, y le dirigió una cariñosa y cándida mirada con sus hermosos ojos.

Roberto, fuera de sí, como un loco, parecía reunir todas sus ideas, buscar, adivinar lo que pasaba por él.

—¿Cómo estáis aquí?—dijo Roberto.

—Porque yo no puedo vivir de esta manera. ¡Quiero que lo sepáis todo! Quiero justificarme.

No fueron necesarias más que aquellas palabras para recordarle á Roberto todo lo que había pasado el día antes. Thévenin amenazador; René huyendo, temblando y aterrada;

la soledad, el dolor, su insensata peregrinación á través de París, aquella noche de terror, el amanecer sangriento, su amor muerto, aquella cabeza cortada: todo lo veía, al propio tiempo en un solo golpe de vista, con la misma amargura y el mismo disgusto y dolor con que lo había pasado.

—¡Y os habéis atrevido á venir!—dijo con acento que hubiera hecho enrojecer á una mujer de pudor.

Se levantó lentamente, y se sintió sin fuerzas; sus piernas se doblaron, y su cabeza se desvanecía, viéndose precisado á apoyarse contra la pared, fijando su mirada en René, que estaba atónita al ver aquel estado de decadencia en el joven.

—¡Dios mío, Roberto! ¿Qué tenéis?—dijo, tendiéndole los brazos con una emoción que no era completamente fingida.

—¡No tengo nada!...—dijo éste.

Se sentía desfallecer; hubiera querido no volverla á ver más.

—Escuchad, Roberto (dijo René). Me causáis miedo. ¿Habéis tomado algún veneno?

—¡Yo! (Roberto se sonrió con ironía.) ¿Por qué lo preguntáis.

—¡Si murierais, me suicidaría!

Éste la miró con sus enrojecidos ojos; ella había dicho esto con tono tranquilo y resuelto.

Roberto pasó la mano por su calenturienta frente, trató de comprender lo que pasaba, y no pudo. Creía que la luz del día le cegaba, porque no distinguía los objetos de que estaba rodeado, ó, mejor dicho, no distinguía más que á René, y notaba que su fisonomía, antes pálida, había enrojecido ahora un poco, reflejándose en ella la inocencia, la timidez y la decisión á un mismo tiempo. Cayó de nuevo fatigado sobre su cama.

—¿Por qué os habíais de matar? ¿Quién habla de matarse?

—¿Pero tú no ves que yo te amo, Roberto, y que tengo miedo?...

—¿Miedo por mí? El suicidio.... ¡No pensemos en eso!.... ¡No, no es el veneno el que me hace estar así, es el hambre: estoy débil; eso es todo lo que tengo! Eso es vulgar y molesto, pero positivo....

—¿Habéis sufrido mucho?

—¡Si fuera yo sólo el que sufriera!

—¡Ah! Decís eso por mí, ¿no es verdad? (exclamó René, aprovechando esta oportunidad que le presentaba Roberto, pensando en Thévenin).... ¡Sí, yo he sufrido mucho!.... ¡Miradme! (Roberto la miraba con los ojos secos, y su misma tristeza le hacía sonreír.) ¡Oh, aquella escena!...., ayer...., Roberto, fué horrible!....

—¡Sí, horrorosa!.... (dijo éste.) ¿Por qué me habéis engañado?....

—¡Ah! ¿Por qué? (exclamó René.) ¿Por qué oculta uno sus sufrimientos á los demás? ¿Descubrimos nuestras interioridades al primero que llega?... ¿Por qué he tomado yo ese nombre de Gévres, que no da á nadie el derecho de interrogarme?... No siempre el disfraz tiene por objeto el engaño; se disfraza uno también para pasar desapercibido, ocultando sus penas á la sociedad indiscreta.

—¿Pero vos me hablabais muchas veces del señor de Gévres?

—Mentía. Pero ¿por qué mentía? Para conservaros á mi lado, para evitar vuestras preguntas, vuestras dudas, vuestro desprecio. Yo no os he hablado de mi pasado; pero si hubierais conocido mi secreto, ¿no me hubierais hecho un millón de preguntas acerca de él?

—¡Ah! ¡Desgraciada! ¡Hubiera huido de vos!—dijo Roberto, exhalando un grito de cólera, pero de cólera mezclada de amor.

—¿Hubierais huido de mí? ¿Y por qué? ¿Soy tan indigna de vos? ¡Ese corazón en que yo he encontrado la dicha, la alegría y toda mi felicidad, desaparecer á mis ojos! ¡Mucho deben haberme calumniado!....

—¡Hablaís vos de calumnia!....

—Tengo derecho á ello. Veamos.

Se sentó en la cama, y, recostándose con coquetería sobre él, le acarició, y, embriagándole con la mirada y sus perfumes, le decía:

—¿Qué os han dicho de mí, Roberto? ¿Qué ha podido él deciros? ¡Que le he hecho desgraciado! ¡Ah! ¿No he sufrido yo también? ¡Él ha llorado! ¿Sabe él las lágrimas que yo he vertido? ¡Oh! Si yo no había nacido para ser su esposa, ¿por qué había de participar de sus decepciones? ¡Mi vida ha sido también destrozada! ¡La dicha que esperaba yo en el matrimonio no la encontré! Siendo esto así, yo he sido culpable, y él tiene razón en maldecirme; me equivoqué, creí amar, y me había engañado. Pero mientras que él sufría por mi abandono (¡y sufría, puesto que me amaba mucho!), mi falta me torturaba, castigándome mis nuevas decepciones. ¡Estaba triste, había acibarado mi existencia, había sido engañada, y cuando él conservaba aún intacto el sentimiento del deber, yo no tenía más que la conciencia de su desprecio!

René se rebajaba, humillándose y alabándose á sí misma á la vez. Sabía muy bien que no conseguiría hacer ceder á Roberto, haciéndole de nuevo suyo, más que por la lástima que le inspirara. Abrió brecha en aquel pobre corazón, usando de poderosas armas para con él, como son el llanto, la tristeza y la desespe-

ración, que por su desgracia aparentaba. Él la miraba como á través de un velo, con dolorosa tristeza, admirado y estupefacto. Comprendía que le dominaba, que iba á reconquistarlo y á dominarlo por completo. No veía ya, no razonaba, no pensaba, y estaba como fuera de sí. Tantos dolorosos cambios, tanta cólera y emociones, habían alterado su organismo, su ser, atolondrándolo, por decirlo así. No oía más que una especie de música deliciosa y cruel á la par, que era la voz de René, sin ver más que sus azules ojos, su fisonomía de inocente y sus cabellos rubios, que caían sobre él; sentía el contacto de sus manos en las de él, su aliento que él respiraba, y la flexibilidad y el roce de su traje de seda le hacían estremecerse, creyendo ser presa de un sueño que oprimía su corazón, embriagándole.

— ¡He sufrido mucho (continuó René), porque no he sido nunca amada! Se vejeta tan sólo; no se vive, cuando faltan esas palabras cariñosas, esas miradas y esos abrazos que dan la vida. ¡Pobre Thévenin! Si ha hecho su desgracia, haciendo la mía, ha sido porque no me comprendió, escaseándose la alegría que yo necesitaba, sin ser demasiado exigente. Pero ni él ni los otros (Roberto hizo un movimiento nervioso), nadie, ha sabido amarme. Y nadie ha sabido hacerse amar de mí. Y

cuando yo he encontrado ese corazón que late con iguales pulsaciones que el mío, ese alma que me comprende, ese talento que me seduce, todo lo que he soñado y deseado en esta vida, quieren separarme de él y arrancármelo. ¡Sí, Roberto; le creerás, me arrojarás tu odio al rostro, y, rechazándome, huirás de mí; pero yo te amaré siempre! ¡Soy una mujer extraviada; he mentido, te he engañado; no soy la señora de Gèvres, como te dije; he tenido amantes; he abandonado á mi marido; soy indigna ti! Pues bien: ¿qué importa? ¡Te amaré siempre! Tu cólera será mi alegría, tus insultos mi expiación. Veo bien que ya no me amas. ¡Oh! Ya no me amarás; lo presiento. ¡Te lo ha contado todo!

— ¿Qué dices? (exclamó Roberto.) ¿Que yo no te amaré?

Y, tendiéndola los brazos, la atrajo hacia sí, apretándola con tanta fuerza contra su pecho, que la hizo lanzar un quejido.

— ¡No; no digas eso! ¡Si supieras!.... ¡Ah! ¡Qué noche! ¡Cuánto he sufrido!

— ¡Llora! — exclamó René.

Y sus labios se colorearon, bañándose sus ojos de lágrimas. Roberto se sentía desfallecer. Olvidándolo todo, á Thévenin y su cólera, sus lágrimas y su desesperación, se dejó arrastrar por las sensaciones del momento, que eran su-

periores á sus fuerzas. Ya no razonaba; la fiebre agitaba su pulso. Cogió á René entre sus brazos, como si alguien tratara de disputársela, y cayó sin fuerzas. Se reanimó bajo sus caricias, y cerró los ojos, como agobiado por tanta dicha. No fué ella la que sucumbió; fué él. Él sintió por un momento encenderse todo su amor. Aquel aliento acariciador le embriagaba. La hora, tantas veces deseada, llegó. Toda su juventud, contenida vigorosamente, parecía subir á su cerebro, para hacer más intensa su fiebre. Lloraba como un niño, estrechando ahora entre sus brazos, en realidad, lo que tanto había deseado, haciéndole pasar tantos insomnios. Parecía estar bajo los efectos del *hatchis*. René triunfó. Contempló, antes de alejarse, aquella pálida fisonomía, apoyada sobre su hombro, ojerosa, con las pupilas preñadas de amor, tan débil, que se hubiera creído que iba á desvanecerse. Inclino la cabeza, y su abrasada frente reposó sobre el cuello de René, estremeciéndose al contacto de tan delicada epidermis, besando con efusión los ricitos rubios y olorosos que pendían sobre él; ella le sintió entre sus brazos, encogido como un niño, oyendo sus dolorosos suspiros. Entonces inclinó su hermosa cabeza sobre la de Roberto, murmurando á su oído palabras de amor. Le prodigaba sus caricias, mezclando

sus lágrimas con las de él. Se mostraba humilde, arrepentida, maternal; pero imperiosa, hermana y dueña, esclava y señora, consiguiendo turbar y excitar más y más la imaginación del inexperto joven, que se arrepentía de haberla juzgado con tanta ligereza, creciendo con esto su amor, hasta volverle loco y más desgraciado que nunca. Figurábase que la pesadilla comenzada el día antes continuaba enseñoreada de él; pero no hacía nada por desecharla, ni le quedaban fuerzas para ello. Se dejó dominar hasta lo infinito; tenía la boca entreabierta, sin poder exhalar una sola palabra, y entregándose á ella en cuerpo y alma.

Cuando Roberto se encontró solo, sintió una alegría profunda, penetrante y llena de dulces esperanzas, no queriendo analizar lo que había ocurrido, como si presintiera alguna amargura en el fondo de todos estos placeres. Estaba en el fondo de todos estos placeres. Estaba solo, y, sin embargo, le parecía estar con René. Sus perfumados cabellos rozaban aún su fisonomía; sentía sus manos entre las de él, sus ojos sobre sus ojos. Sonreía, y, según una expresión vulgar, sonreía como los ángeles. ¡No hay nada más allá para llegar á lo infinito! Pensó salir, porque tenía necesidad de respirar el aire libre. Se quitó las ropas de la víspera, sin que el barro que tenían éstas le hiciera recordar nada; lo había olvidado todo.

En medio de su éxtasis, tenía necesidad de comer. Entró en un *restaurant*: no era aún la hora de la comida; estaba solo en el comedor, y, mientras comía, miraba á la calle con tanta fijeza y con una expresión tal, que llamó la atención de los camareros.

Cuando salió, se encontraba mejor; satisfechas ya las necesidades materiales, dejaban funcionar con más libertad al entendimiento. Entonces reflexionó, y retrocedió ante sus propias reflexiones. Esta vez pensó en Thévenin.

¡Thévenin! Iba á verlo, sin duda; ¿y qué iba á decirle? ¡Thévenin, su amigo, más que esto, su hermano mayor! Roberto se sintió completamente avergonzado. ¡La mujer de Thévenin era su querida! No podía soportar este pensamiento, y se preguntaba si era posible que le pasara todo lo que le estaba pasando. ¿Qué era aquella visión que le perseguía con tanta tenacidad? ¿Cómo no había rechazado á aquella mujer? Pero esta mujer, pensó, es René, que dejaba atrás á la Ristori. La veía sonriente, sumisa, con los ojos bañados en lágrimas, sintiéndose arrastrado hacia ella por una atracción superior á sus esfuerzos, que le impedía dejar de amarla. ¿Qué hacer? ¿Qué decir á Thévenin? ¿Callarse? Es bajo. ¿Engañarle? Es indigno; y, además, Roberto no hubiera podido hacerlo.

—Mi palidez me descubriría (se dijo). ¡Ah! ¡Pobre Thévenin; soy un miserable! Pero esa mujer, ¿ha de conseguir todo lo que quiere?

No se preocupó mucho por esto.

—¡Se lo diré todo; me perdonará ó me maldicirá; me maldiga ó me perdone, no la veré más!

Tomó esta determinación bruscamente, como hacen todos los desesperados.

La idea de presentarse delante de Thévenin le aterraba; no porque tuviera miedo, sino porque comprendía que era culpable. Hubiera cruzado por en medio de una batería enemiga sin temor. Pero presentarse ante aquel marido y amigo, verse frente á frente de él, era superior á sus fuerzas, cosa que no es de extrañar, si se considera la honradez de éste.

—Le escribiré,—dijo.

La casualidad le llevó hasta la puerta del gabinete de lectura donde encontró la primera vez á Thévenin. Entró, en la persuasión de que no le encontraría allí, pues no era la hora en que acostumbraba á estar. Le saludaron con irónica sonrisa.

—Venís ahora muy poco.

—Sí (contestó), trabajo en mi casa.

Miró aquella mesa forrada de verde, y vio que estaba rodeada de todos los que allí concurrían habitualmente. Nada había cambiado.

Los lectores lean con tranquilidad los periódicos y revistas de noticias. Se fijó en el sitio en que Thévenin se sentaba, y, sin querer analizar ni recordar el pasado, trató de desechar los recuerdos que todo aquello traía á su mente, huyendo de ellos como el que huye de atormentador fantasma que le persigue en sus sueños. Se sentó, pidió papel y sobre, y se puso á escribir.

Concluyó pronto la carta. Escribió á Thévenin como le dictaba su remordimiento. Se lo confesaba todo, sin tratar de disculparse; acusándose de una manera persistente, sin tener piedad de sí mismo, y sin hablar una palabra de ella; la cólera y la vergüenza le dominaban á la par, sintiendo, sobre todo, el remordimiento de haber perdido una amistad sincera. Reflexionaba lo que había arrojado al viento; la abnegación, la amistad y el paternal cariño de Thévenin, y se desesperaba como el pescador que deja llevar su barco á la corriente, sin remos con que evitar el peligro que hay en atravesarla. Pero él, sin darse cuenta de ello, disponía de estos remos para atravesar la corriente: la confesión de aquel amor que combatía y detestaba ya, por decirlo así, pero que le causaba una agonía febril, agitando todo su ser como en los primeros momentos de su pasión. No pensaba en que si la amistad podía desar-

mar al marido, una confesión tal le irritaría. Pero aunque había confesado, pues confesión se podía llamar, toda la indecisión, el remordimiento y la infernal alegría que le produjera el amor que tanto le atormentaba, no había pensado ni en explicarse claramente, ni en hacerse absolver por él. Su secreto le pesaba, ahogándole su traición. Hubiera querido desechár tan gran peso; pero ni su decisión ni sus fuerzas le ayudaban.

Llevó él mismo la carta á casa de Thévenin, y faltándole valor para subir, se la dejó sobre la mesa del portero; al verla sobre ella, quiso recogerla; después hizo un brusco movimiento, y se fué.

—¡Con tal de que me conteste!—se dijo.

En aquel momento no pensaba más que en Thévenin; René parecía importarle poco. Mientras que ésta le esperaba, él estaba impaciente por la contestación de su amigo... ¡La respuesta, con tanta impaciencia esperada por él, iba á desgarrar su corazón! Aunque estaba calenturiento, pasó la noche tranquilo; la fatiga triunfó de él; pero al levantarse, su primer pensamiento fué para Thévenin. Bajó á la portería, y preguntó si habían llevado alguna carta para él. ¡No habían llevado nada!

—¿Si no me contestará?—se dijo.

Hubiera podido soportar la cólera de Thé-

venin, pero su silencio, su desprecio le abrumaban.

—¡El único hombre que me quería!— pensó.

Pasó la tarde, y por la noche recibió una carta, en la que conoció en seguida la letra de Thévenin. Leyó y releyó aquella carta con los ojos llenos de lágrimas. Contenía una sola línea, algunas palabras, afrentas, todo un mundo de dolor y de reproche:

«¡Adiós, Roberto!

»THÉVENIN.»

Se sintió como herido por un rayo. Le faltaron las fuerzas. Parecía un hombre á quien la tierra falta bajo sus pies. Se había acostumbrado á la afección y amistad de Thévenin, á la comunidad de ideas que le unían á su colaborador con lazos indisolubles. ¡Y todo había acabado bruscamente, viéndose privado de aquella afección y de aquel apoyo! Thévenin se alejaba. Ahora, ¡adiós, Roberto! Leyó más de cien veces aquellas dos palabras siniestras, buscando en la forma en que las había trazado alguna huella de la cólera ó del sentimiento de su amigo. La letra era firme y derecha como una barra de hierro, y rígida como una sentencia.

—¡No ha tenido piedad! (dijo Roberto, pero sin acusar á Thévenin, sino acusándose á sí mismo.) ¡Quizá la ame él aún! (Y Roberto pensó en René.) Si así es, le he hecho mucho daño. Se mira la amistad como todas las cosas; no se conoce su valor hasta que se pierde.

Roberto no se había dado cuenta de lo mucho que quería á Thévenin hasta sentir el vacío que su separación dejaba á su alrededor, vacío tan profundo, que degeneró en una amarga pena. Todo lo que Thévenin le decía, sus palabras, sus consejos, se le representaba sordamente y en tropel en su imaginación. ¡Qué fuerte se sentía él con el apoyo de aquel hombre! ¡Qué gran amistad era la suya, y sin embargo la había dejado perder! ¿Por qué? No se lo quería confesar á sí mismo. René le atraía aún y le aprisionaba entre sus redes. Pero empezaba ya á repugnarle. Su cariño le había costado muy caro; lo que él ansiaba ahora era el perdón de su amigo. Miró el reloj. Eran las diez. Thévenin, se dijo, estará de seguro ahora en su casa.

—Este paso me costará mucho,—pensó.

Se fué derecho á casa de Thévenin, subió rápidamente las escaleras, y tiró de la campanilla.... No contestaron. Preguntó al portero por él.

—El señor Thévenin salió de casa muy temprano,—le contestó.

Roberto fué derecho al gabinete de lectura, y allí supo que no había estado.

—Volveré mañana,—pensó.

Al día siguiente se levantó muy temprano, y se fué á la calle de Santiago. Thévenin no había vuelto á casa. Roberto palideció; en su perturbada imaginación le veía muerto, suicidado.

El portero no debía saber nada, pues parecía muy tranquilo. Roberto se fué, y volvió al mediodía. Thévenin no había regresado.

El portero, dirigiéndose á Roberto, le dijo:

—Caballero, ¿no sabéis que el señor Thévenin no vive aquí ya?

—¡Cómo!—dijo el joven, que no comprendía una palabra de lo que le decían.

—El señor Thévenin se mudó de casa anteayer.

—¿Thévenin?... ¡Que Thévenin se ha mudado!

—Un carrito de mano ha llevado hace una hora sus últimos libros.

—¿Pero al menos sabréis adónde se ha ido á vivir?....

—No, señor (dijo el portero, haciendo una cortesía): creo que el señor Thévenin no quería que yo supiera adónde se mudaba. Al fin y

al cabo uno es tan curioso como cualquier otro; yo quise averiguar adónde iba, y pregunté al encargado de la mudanza; pero era mudo; no pude arrancarle una palabra.

—¡Pero.... aún quedarán muchos muebles por llevar!....

—Tomad las llaves de la habitación, que pertenecen al señor Thévenin aún por dos meses. Si el señor quiere subir.... Pero yo la he visto, y no hay nada en la habitación, ni un solo papel.

—¡Marchado! (dijo Roberto con tono desgarrador.) ¡Eso lo ha hecho por huir de mí! ¡Dónde encontrarle ahora en este París!

No tenía más que una cosa en su favor que pudiera servirle de auxiliar: la casualidad. Se fué á su casa, y apenas si pudo subir las escaleras hasta su cuarto. Su corazón palpitaba con tal violencia, que parecía querer estallar. Un dolor intenso se apoderó de él, y no encontró alivio hasta que hubo vertido copiosas lágrimas.

—¡Ah! ¡Mi pobre Thévenin! (dijo, echando una mirada sobre el *Manual* que habían compuesto, y que vivía de la doble vida de ambos.) ¡Este es el único medio que me servirá para encontrarte!

Se puso á recorrerlo, se sentó á la mesa, y vió de pronto entre aquellos papeles algo que

brillaba. Era un brazaletes de pelo que René había dejado caer la última vez que estuvo allí. Lo cogió con viveza, y, examinándolo, vió á René en su imaginación como la había visto allí aquel día. Se quedó pensativo, y arrojó el brazaletes sobre la mesa.

—¡Otro en mi lugar (pensó), diría: Thévenin ha desaparecido; ya no puede molestarme, y René me pertenece!....

VIII.

René estaba bien cierta de que Roberto volvería á buscarla.

Le costaría una enfermedad si éste la abandonara de repente, ahora que ella se había entregado, y cuando creía estar segura de que él también la pertenecía. Pero esta idea no la duró más que algunos momentos. Estaba muy persuadida de sus propias fuerzas. En cuanto á Roberto, con la perturbación y embriaguez que le dominaban, no podía analizar nada, se sentía abrumado por una inmensa pena, y llegaba ésta á tal grado de intensidad, que hubo un momento en que creyó que iba á ahogarle. El pensamiento de que Thévenin no era ya un obstáculo á sus deseos, tomaba grandes pro-

porciones en su imaginación: hubiera hecho cuanto hubiera estado á su alcance por encontrarle, y, sin embargo, experimentaba algunas veces cierto placer en no verse ante él, escuchando sus reproches. Luchaba con su conciencia. Á medida que se alejaba de su imaginación el recuerdo de Thévenin, crecía más y más el recuerdo de René; se sentía como arrastrado hacia ella; deseaba volverla á ver, y se apresuró á ir á su casa, latiendo su corazón como en los primeros días de su amor. Sufría cuando no estaba á su lado; sin valor para dejarla, creía ahogar la voz de su conciencia, que le aconsejaba que la abandonase, diciéndose que quería conocerla mejor estudiándola, para condenarla más severamente si Thévenin no había mentido. Una ó dos veces cruzaron por su mente estos pensamientos, haciéndole mucho daño; pero se rehizo, y se reprochó estas ideas, más infames aún que su amor y su debilidad.

Al volver á verla, la locura se apoderó de nuevo de él; parecía aturdirse, rechazando el recuerdo del pasado, y no teniendo más que un pensamiento fijo: ¡su amor!

René le reprochaba su tardanza, evitando toda alusión á Thévenin, y repitiéndole constantemente que había empezado á vivir en el mundo al conocerle. Roberto no le preguntaba